

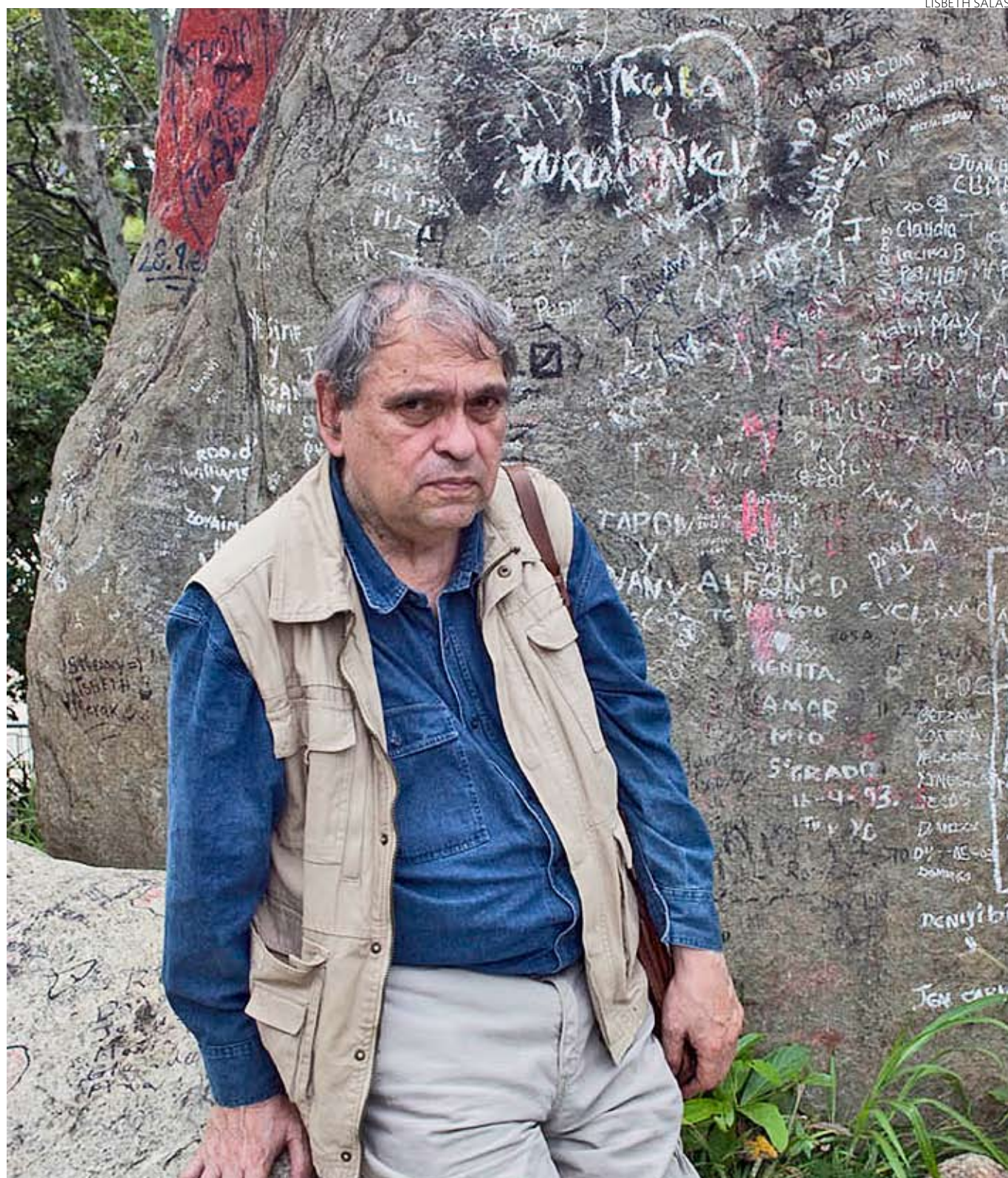
HOMENAJE PÁGS. 6-7

Un ensayo
de Ana Nuño



PAPEL LITERARIO

EL NACIONAL VENEZUELA, 17 de octubre de 2009



LISBETH SALAS

Homenaje a Rafael Cadenas

Un íntimo regocijo ha recorrido al país sensible: la obra del mayor de sus poetas contemporáneos, Rafael Cadenas, ha sido reconocida con el Premio Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Del premio se ha dicho suficiente: es de los de mayor proyección en nuestra lengua. Tal como ha señalado el poeta colombiano Darío Jaramillo Agudelo, el sentimiento que tenemos tantos venezolanos de contar con un "clásico vivo", ha comenzado a extenderse en Iberoamérica. *Papel Literario* entrega hoy un primer homenaje al poeta Cadenas, que incluye textos de Ana Nuño, Luis Miguel Isava, Érika Roosen y Diajanida Hernández **PÁGS. 2-8**

El reino de la *alétheia*

Desde su primer libro de poesía, *Cantos iniciales*, la obra de Rafael Cadenas tiende a la intemperie, al asombro, a la revelación. Despojados de certezas, no sólo a través de sus poemas sino también por medio de sus silencios, nos adentramos de su mano en el reino de la *alétheia*

Erika Roosen

"Los lectores de poesía buscan, en el fondo, revelaciones".
Rafael Cadenas.
Anotaciones

La vida a la intemperie

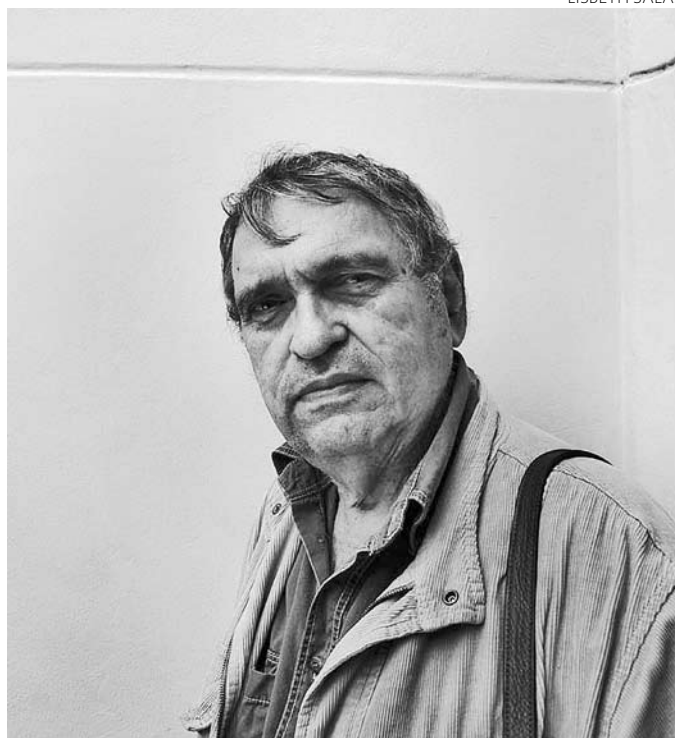
En la gran mayoría de los hombres, las preguntas relacionadas con el ser, la existencia, aparecen muy de vez en cuando, especialmente en momentos "de gran desesperación, cuando las cosas parecen perder toda su consistencia y se nubla su sentido", como afirmara Martin Heidegger en uno de sus textos filosóficos. Esto es comprensible puesto que una vida en constante cuestionamiento, en constante asombro, podría resultarnos poco menos que imposible: ella conlleva necesariamente la intemperie y, recordando las palabras de Hanni Ossott, "quien está a la intemperie se halla en franca muestra, a disposición, como si ya no pudiese decidir, como si ya no lo quisiera". En ese sentido, todas las tareas y los oficios que se autoimpone el hombre como parte de su quehacer cotidiano surgen, no sólo de la necesidad evidente de un trabajo, sino también de una negación de la intemperie: como aquellos competidores del Certamen que, aunque corren, en realidad no se mueven, "sólo se desplazan en el interior de un sueño para evitar que el silencio les hable", para evitar que las preguntas decisivas los despojen de certezas y los dejen al desnudo frente a lo oculto, al misterio. Por eso, es sorprendente comprender que el poeta Rafael

Cadenas ha elegido para sí escuchar al silencio, vivir en el asombro.

En buena parte de los textos que se han escrito sobre él se habla de su silencio, de una suerte de timidez que lo lleva a medir sus palabras, a preferir sobre todo callar. Incluso en sus clases, en vez de tomar la voz del profesor-orador que explica teorías e impone nociones, Cadenas apela a ese silencio suyo, a breves gestos de asentimiento y a largas pausas reflexivas que, aunque en un principio desconciertan, en realidad sólo invitan al asombro, al extrañamiento. Y esos rasgos de su carácter interesan porque revelan al hombre que sabe vivir "a boca de jarro", que no conoce "la angustia de representar un papel", de mantenerse "a la fuerza en un escalón". En definitiva, da la impresión de que, más que un tema de su poesía, la intemperie se ha convertido en parte de su vida y, por eso, la suya es una vivencia que podríamos definir como esencialmente poética si recordamos una de sus *Anotaciones*, en la que comenta que él no hace diferencias entre "vida, realidad, misterio, religión, ser, alma, poesía", porque éstas "son palabras para designar lo indesignable. Lo poético es la vivencia de todo eso, el sentir lo que esas palabras tratan de decir".

El reino de la *alétheia*

Resulta inevitable, al encontrarse frente a Cadenas y también al leer su obra, recordar aquella pregunta con la que Heidegger resumía parte importante de su angustia filosófica: "¿qué tipo de vida llevamos en un ámbito de realidad donde ha desaparecido por completo la conciencia esencial y la reflexión del enigma



LISBETH SALAS

"Cadenas ha elegido para sí escuchar al silencio, vivir en el asombro"

de la existencialidad, del 'estado presente' de los entes?". Justamente, pareciera que la búsqueda de Cadenas, o más que la búsqueda, el espacio anímico de Cadenas se encuentra en ese enigma, en lo que él ha llamado "el reino de la *alétheia*".

Para los griegos de la antigüedad clásica, la palabra verdad era *alétheia*: des-ocultamiento, revelación. Era allí donde se producía el encuentro con la esencia de lo verdadero, con eso que el hombre, al dar por sentado la existencia y al olvidar el misterio, ha perdido. Después de todo, "que lo que existe exista es lo asombroso", como expresaba Wittgenstein, y no sólo la obra de Cadenas, sino su vida también, parecieran ceñirse a ese asombro.

Un "convivir auténtico"

Actualmente, con la imagen que nos hemos formado de

Cadenas a partir de su caminar pausado, cabizbajo, de su mirada detenida en algún punto inasible del paisaje y de su silencio reflexivo, resulta difícil imaginar al joven poeta de 15 años o, más aún, al joven militante político que fue encarcelado y enviado al exilio por el gobierno dictatorial de turno. Sin embargo, no es realmente difícil reconocer parte de esa esencia que lo define hoy día en sus años de juventud. Aún cuando Cadenas rechaza sus *Cantos iniciales*, libro de poemas que publicó a los 16 años de edad, tildándolos de "poemas de muchacho", aparece ya en ellos la intuición de ese misterio que se nos escapa, de esa verdad como des-ocultamiento, como algo que espera ser revelado: "mi casa está sola/ la dejamos un día entre lastimosas despedidas de madre/ tocamos y nadie contesta/ mi casa está sola, nuestra

casa hermano, está sola /y ni sé qué habrá quedado allá adentro".

Del mismo modo, esa militancia que en su juventud estuvo marcada por dogmas e ideologías no se ha perdido del todo sino que se ha transformado: justamente en contra de esos dogmas, de esas ideologías. Al comprender que "sobre la realidad fundamental existe otra, creada por el hombre, que lo está destruyendo", y que esa realidad creada es la de los *ismos*; el poeta se desligó de las doctrinas en busca de la defensa de lo humano, y ese desengaño lo liberó "para luchar en otra clave por lo que religiones, ideologías, movimientos dicen defender: lo religioso, lo humano, lo valedero".

Hace 40 años, Cadenas anotó en las páginas de *Papel Literario* que, en su opinión, "los poetas pueden hacer algo por vincular al hombre con todo lo que su olvido ha relegado, por quitarlo de la distracción en que vive, por plantearle las preguntas decisivas, por darle seriedad a las palabras, por apuntar hacia un convivir auténtico". Y, en efecto, junto a él, acercándonos a sus silencios, leyendo sus obras, no sólo nos aproximamos a esas preguntas sobre el ser que hemos abandonado en nuestras vidas cotidianas, sino que nos encontramos con la *alétheia*, con una revelación difícil de aprehender, de asir, pero que podríamos tratar de nombrar como la relación entre la cotidianidad y lo sagrado, entre nosotros y lo insondable. Sin duda, eso que a él le gusta nombrar como *el milagro*. 🐾

La otra *lectio* de la poesía de Rafael Cadenas

De la tesis esencial sobre la posición del ser humano ante la existencia, ante la pérdida del misterio denunciada por Heidegger, parece constituirse la obra de Rafael Cadenas. Sin embargo, otra es la *lectio* que la lectura de sus obras entrega a sus lectores, menos temática, más inasible

Luis Miguel Isava

"La palabra no es el sitio del resplandor, pero insistimos, insistimos, nadie sabe por qué".
Memorial (1977)

No son frecuentes las obras que intentan patentizar una motivación temática fundamental al punto de llegar a convertirla en la materia misma de sus distintas manifestaciones verbales. A primera vista, ese sería el caso de la obra de Rafael Cadenas. En muchos de sus poemas, pero particular e insistentemente en sus anotaciones, ensayos y entrevistas, sus "intervenciones" parecen reiterar una única y compleja tesis *esencial*: el ser humano, sobre todo en Occidente, parece haber perdido la clave de una existencia plena, en comunión con el mundo; por tanto, es necesario que recupere ese nexo, ese vínculo inmediato—esto es, no mediado por ideas, dogmas, ideologías, sistemas de pensamiento— con su entorno o, más precisamente, con su *fundamento*. Esta tesis se acompaña de una propuesta "terapéutica", para decirlo con el término de Wittgenstein: el ser humano ha de prescindir de todo aquello que lastra, que impide ese regreso a una *visión inmediata*: el yo, la mente, la razón técnica, el perspectivismo, los na-

cionalismos, etc., para así recuperar el asombro y, con él, la mirada despojada de presupuestos que *ve y reconoce el misterio*. Exploremos brevemente las dos caras de esta tesis: el diagnóstico sobre la cultura occidental y lo que me gustaría nominar la "ética del despojamiento", para luego proponer, propiciar algunas reflexiones.

Para Cadenas, la "*ratio* calculadora" que caracteriza la cultura occidental a partir de la modernidad es, tal vez, el problema de fondo. El ser humano ha optado por una sobre-intelectualización de sus relaciones con la naturaleza, con sus sensaciones, con su percepción. Esto ha permitido que "el misterio", el verdadero fundamento de toda existencia, se vea encubierto por la racionalización de dicha existencia. La razón técnico-científica y su distorsión radical, el "cientificismo", han contribuido de manera decisiva con este proceso. Sus teorías y sus consecuentes implementaciones técnicas contribuyen a dar la apariencia de que el mundo resulta inteligible, de que sus enigmas han sido resueltos de manera definitiva y satisfactoria. Pero no corresponde sólo a la razón técnica la responsabilidad de este "extravío". Las mismas humanidades, en

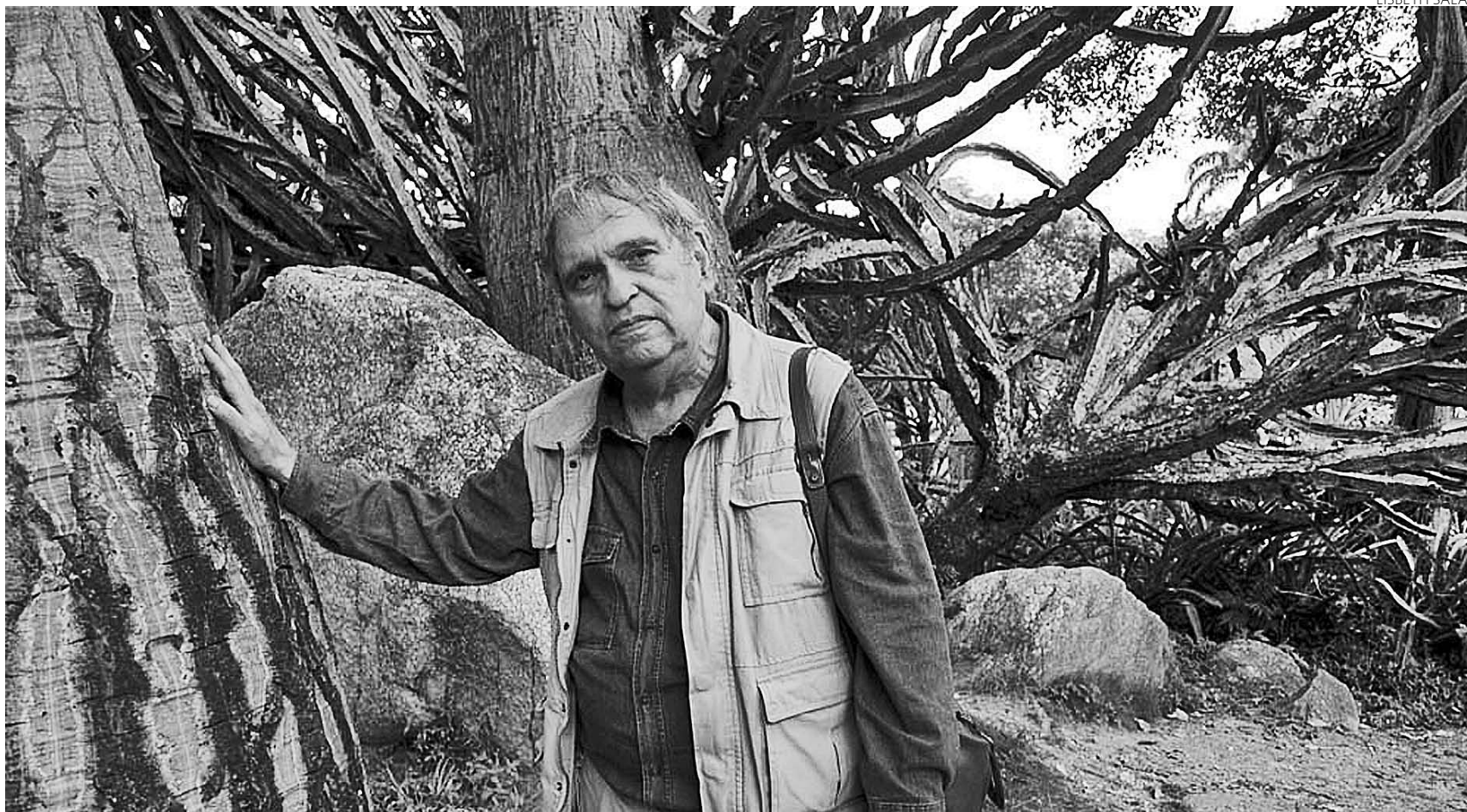
su afán de someterse a los imperativos científicos de la academia, han abandonado el papel determinante que les correspondería en esta encrucijada: denunciar esta situación o, para decirlo con sus palabras, "ser contrastes". Tampoco escapa a este "requerimiento" la literatura, que también ha abandonado su rol de vivificadora de la experiencia, para entregarse a elaboraciones retóricas, estilísticas, estéticas que en realidad delatan su artificiosidad. Este sería, *in nuce*, el diagnóstico que Cadenas propone de la cultura occidental; un diagnóstico, es necesario decirlo, que constituye una importante tendencia del pensamiento filosófico contemporáneo, que tiene quizá en Heidegger su representante más conspicuo, pero que se evidencia asimismo como urgencia en varios autores a los que Cadenas vuelve una y otra vez: Rilke, Schajowicz, Otto, Bollnow, Kraus, Pieper, Steiner... Lo que implica que este diagnóstico se inscribe completamente en una *tradición de textos* que llevan a cabo una *lectura particular* de nuestra cultura; una lectura que puede ser contrastada o matizada con otras lecturas, con otras posiciones filosóficas—otros textos—fren-

te al fenómeno de la civilización occidental.

El otro aspecto, que llamé "ética del despojamiento", tiene también importantes implicaciones. De lo que se trata es, al decir de Huxley, de "despertar", esto es volver al origen (la infancia, la visión inmediata, el "*ethos* clásico") en el que reposa la raíz de nuestra verdadera existencia. Para ello es necesario despojarse efectivamente de todo lo que la cultura ha interpuesto entre nosotros y nuestra percepción/comunión con el mundo. En este sentido, la propuesta de Cadenas es fundamentalmente religiosa, tanto en el sentido etimológico de dicha palabra (*re-ligare*, atar), como en el sentido de la atención y la celebración de lo que es. Pero, como habría querido Blake, la que propone Cadenas es una religiosidad sin religiones, es decir, una religiosidad que escapa a la amenaza de los fundamentalismos—esas otras máscaras del extravío humano— y que vuelve a lo natural, al cuerpo y los sentidos como su espacio privilegiado. Sólo en la medida en que recuperamos los ojos, y ya no adoptamos "puntos de vista", podemos restablecer nuestra conexión con el mundo que

sólo así se hace sinónimo de "vida, realidad, misterio, religión, ser, alma, poesía". También en este caso la postura de Cadenas se inscribe en una importante y compleja tradición: la que reúne un conjunto heterogéneo de *textos* que ha venido a denominarse como "la mística". Esta tradición, por supuesto, rebasa las fronteras occidentales y también, en cierto sentido, las epocales, e incluye *corpora* tan disímiles entre sí como los del Budismo Zen y los de la mística cristiana (Meister Eckhart, Angelus Silesius, San Juan de la Cruz, para dar sólo unos nombres). Sin duda, la afiliación de Cadenas a esta tradición es a la vez ecléctica y crítica. También aquí, su postura rehuye todo extremismo (por ejemplo, el de la negación del cuerpo en algunas corrientes de la mística) para adoptar una actitud más bien celebratoria, de comunión y agradecimiento, que se encuentra evidenciada en algunos de los más conocidos divulgadores contemporáneos del misticismo (Watts, Suzuki, Blyth, Paniker). Y si bien es cierto que, en algunas de sus primeras reflexiones, su

"Para Cadenas, la '*ratio* calculadora' que caracteriza la cultura occidental a partir de la modernidad es, tal vez, el problema de fondo. El ser humano ha optado por una sobre-intelectualización de sus relaciones con la naturaleza, con sus sensaciones, con su percepción"



Según Isava, los textos poéticos de Rafael Cadenas "responden en gran medida a sus preocupaciones vitales e incluso las tematiza"

adhesión a algunas posiciones de la mística llega a adquirir rasgos de una cierta radicalidad, no lo es menos que a medida que su obra se ha desarrollado su visión se ha hecho menos prescriptiva y más incondicionalmente atenta a la búsqueda de una relación sin mediaciones con el mundo y la existencia.

Pero es precisamente esta búsqueda, me parece, la que nos conduce a uno de los puntos de inflexión más complejos de la obra de Cadenas. "Lo que exploramos —nos dice en la introducción a *Realidad y literatura*— es la posibilidad que tiene el ser humano de establecer una relación directa, no basada en la ideación, con los seres y las cosas". Y reitera, en *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística*: "todo es parte del misterio fundamental, eterno, inabordable, ante el cual la mente no puede sino enmudecer". Pero, cabría preguntarse, ¿cómo es posible alcanzar o

incluso intentar buscar esa posibilidad de inmediatez, ese enmudecimiento, a través de la mediación *par excellence*, el lenguaje? No es una contradicción lo que me interesa destacar aquí sino la dialéctica que se genera de la tensión irresoluble entre inmediatez y mediación que escenifica esta obra. Es en este sentido que he querido apuntar al carácter escrito, *textual* de las fuentes de Cadenas —tanto las reflexivas como las místicas. Y es en este sentido que, más allá de su tesis fundamental, me parece que debe proponerse la otra *lectio* de su obra: en su carácter eminentemente escritural, textual. No cabe duda de que sus textos poéticos responden en gran medida a sus preocupaciones vitales e incluso las tematizan; no obstante, resultaría reductivo confinarlos a dichas *petitiones principi*, pues estos textos van más allá de sus declaraciones o, para ser más precisos, lo que declaran trasciende el contenido ideacional de su tesis. Dicho

de este modo, quizá, se patentice la dialéctica a la que me referí anteriormente: lo más explícito en la obra de Cadenas es precisamente dicha tesis; lo más difícil, lo más *misterioso* es, antes bien, lo que "oblicuamente" estos textos dicen, esto es, lo que *hacen* en cuanto textos. En otras palabras: si, como desea Cadenas, lo que la poesía debe hacer es apuntar al misterio, ¿no lo hace más eficazmente cuando lo dicho mismo resulta misterioso? Pero esto resulta algo que no puede sino acendrar la dialéctica antes descrita: de ser ese el caso, la palabra podría hacerse lugar —no vehículo— del misterio, de la iluminación, de la celebración, es decir del "resplendor". Si, como dice Cadenas, de la poesía (y entiendo aquí poesía, como él, en el sentido más amplio posible) se espera "que haga más vivo el vivir", ¿no puede acaso hacerlo en tanto palabra que inventa miradas, situaciones, ideas, mundos *verbales*? Nótese que no estoy tratando de contraponer

a la de Cadenas una concepción alternativa de la poesía, sino haciendo evidente que este otro impulso poético irriga también su obra (Cadenas mismo parece insinuarlo en la introducción a *En torno al lenguaje*). De allí que a lo largo de sus reflexiones su defensa de la relación directa con el mundo se haya engranado, en lo que podría considerarse una paradoja, indisolublemente con una defensa del lenguaje. Esta defensa, claro está, posee una vertiente que coincide con su diagnóstico: el lenguaje, como la cultura, está amenazado y es necesario recuperar para él su fuerza original, originaria. Pero no podemos perder de vista las complejas ramificaciones que conlleva este desplazamiento de la recuperación de la inmediatez de la visión a la defensa del lenguaje —que es fundamentalmente una mediación. Cadenas insiste, en *Anotaciones*, en deslindarse de las corrientes de la poesía moderna, del *international style*, del expe-

rimentalismo, del estilo y la retórica. Y no deja de renovar, en *En torno al lenguaje*, su crítica a "la deificación de la palabra" que reconoce en mucha literatura contemporánea. Sin embargo, su praxis poética —como él mismo admite— a veces está en contradicción con dichos deslindes. Bastaría recordar que Kraus —uno de sus aliados en la defensa de la lengua— insiste una y otra vez en las posibilidades "productivas" del lenguaje (ya Goethe le aplicaba ese adjetivo), posibilidades que van más allá del control del sujeto que escribe para problematizar la crítica que Cadenas propone de la concepción de la poesía como "heurística". ¿No llega a escribir Kraus, en uno de sus aforismos más sorprendentes: "las verdaderas verdades son aquellas que se pueden inventar"? Lo que quiero poner de relieve es que estos deslindes de Cadenas parecen ser intentos de confinar un proceder —el de la composición verbal— contra los que se re-

belan sus propios poemas. Así, éstos constituyen *el otro núcleo reflexivo* de su obra: el de un pensamiento más complejo, de índole escritural, no racional, en el que, a mi juicio, reside la apuesta filosófica más elaborada de su obra. Ahondemos un poco en esto.

Sin duda, su obra puede leerse como un proceso que, coincidiendo con la búsqueda de la propia voz, alegoriza lo propuesto en su tesis fundamental —lo hemos hecho algunos de sus comentadores—: un libro primero, infantil —*infans*, que no habla—, suprimido (*Cantos iniciales*); luego un libro inédito, pero que circula casi secretamente y que describe la pérdida de un paraíso (*Una isla*); la irrupción en la “república de las letras” con los discursos desmesurados y fabuladores (*Los cuadernos del destierro*); el desplazamiento de la fabulación y sus correlatos objetivos a la dimensión psíquica de los desdoblamientos (*Falsas maniobras*); el lento comienzo de la recuperación de la sobriedad y la depuración (*Intemperie*); el repaso del itinerario y los primeros destellos de una posible plenitud, que coinciden con la solidificación de su voz (*Memorial*); la compleja escenificación del proceso de la comunión (*Aman-te*); la apertura hacia las diversas manifestaciones de la existencia en la voz alcanzada (*Gestiones*). Esta lectura, sin embargo, conlleva un peligro. En efecto, si cada uno de los libros de Cadenas representa en cierta medida una etapa —superada—, podría concluirse errónea, falazmente que sus respectivas cristalizaciones verbales han perdido vigencia; con lo que estaríamos desvalorizando, por ejemplo, la sensorialidad del lenguaje de *Una isla*, la fuerza de la exhuberancia retórica y de las transgresiones verbales de *Los cuadernos del destierro*, la precisión casi quirúrgica del lenguaje de

Falsas maniobras, la adustez y rigor verbal de *Intemperie*, la multiplicidad de escrituras, de formas de *Memorial*... Pero, como el lector sabe, todas ellas encarnan posibilidades verbales, textuales *vivas*, actuales y actualizables en cualquier exploración poética; todas ellas representan auténticas formas de expresión que se manifiestan en el repertorio de la poesía contemporánea. (De hecho, en diversos poetas venezolanos de las jóvenes generaciones pueden reconocerse las influencias de esos libros tan distintos entre sí). En fin, todas ellas ponen en movimiento formas alternativas de pensamiento como otras tantas formas del misterio, para decirlo una vez más con Cadenas.

vez comparé con la música de Webern), su pluralidad de voces, la abstracción de su dicción —aspecto en el que apenas se ha reparado—, la ausencia casi absoluta de sensorialidad, no pueden sino pensarse como opciones escriturales que los aportes de la poesía contemporánea han hecho posibles y que elevan a estatus de *experiencia* cristalizaciones de naturaleza verbal. En este texto, además, Cadenas alcanza su “inestilo” más singular —lo retomará en *Gestiones*—, es decir, lo que lo hace inconfundible respecto a otras escrituras poéticas contemporáneas: una minuciosa y casi minimalista atención a los vocablos.

Este ejemplo, al que hay que añadir los de sus li-

frase es inequívoca: “la palabra *no* es el sitio del resplandor”; ella corresponde al proceso que Cadenas emprende contra los procesos de ideación y mediación, en su afán de alcanzar una verdadera relación inmediata con el mundo. Pero también se conforma con el cuestionamiento de las estéticas y las poéticas contemporáneas, inclinadas, a su juicio, a la “deificación del lenguaje”. Vista así, esa primera parte de la frase corresponde a la tesis que explícitamente parece cimentar su obra. Sin embargo, a medida que avanzamos en la oración, ésta se hace más dubitativa, más tentativa: “insistimos, insistimos”; repetición que habría que entender como una forma de hacer explícito lo que en latín se co-

del sentido que yace en el lenguaje mismo y que, como hemos visto, es una más profunda veta del pensamiento de Cadenas. Se pueden contestar sus tesis, sus hipótesis, sus presupuestos: lo que sigue siendo irrefutable es la *cristalización*, *el cumplimiento* que se produce en sus textos, lo que éstos dicen sin decir y sin poder abandonar el decir. Mallarmé habló alguna vez de “la desaparición elocutoria del poeta, que cede la iniciativa a las palabras”. No cabe duda de que en este *dictum* se encuentra uno de los objetivos de la crítica de Cadenas a la poesía moderna (ya lo *sabemos*, “el sitio del resplandor no está en la palabra”); y sin embargo... ¿no es precisamente lo que esas palabras han creado el resultado de una insistencia de años en frecuentarlas para hacerles decir lo que de ordinario no dicen, para *dejar* que ellas produzcan el sentido? Es la humildad del no saber la que hace que insistamos, insistamos; y es ese insistir el que ha permitido cumplir minuciosa, artesanalmente, con la tarea de hacerlas “revelaciones”. “Tal vez —nos recuerda una voz de *Aman-te*—/ al más pobre/ le esté destinado/ el don excelente: permitir”. Permitir —ya no prescribir— será entonces hacer el lugar para el advenimiento, para el surgimiento y, más relevante aún, para la producción del sentido. Tras su aparente simplicidad, tras su evidente minimalismo, esta poesía nos ha ofrecido una gama de formas alternativas del pensamiento y de la reflexión para “multiplicar mundo” (*Welt vermehren*), como quería Rilke. Tal vez, no será éste el menor legado de la obra de Cadenas. En todo caso, será la otra *lectio* que seguiremos con fervor. 🐾

"Frente a la mono-tonalidad de la tesis de Cadenas, su obra poética despliega una compleja politonalidad y una entreverada polifonía de experiencias de orden verbal, en las que las diversas formas escriturales hacen cristalizar otras tantas formas de pensamiento"

Omití a propósito, en la enumeración anterior, la mención de *Amante*. Quería detenerme brevemente en él para intentar clarificar lo que vengo exponiendo. Este libro, que en realidad no es una colección de poemas sino un extenso poema fragmentario, patentiza en qué medida la escritura de Cadenas trasciende en sus implicaciones reflexivas su tesis fundamental. El poema consiste en una suerte de puesta en escena de voces (las del amante, el anotador y el espectador; ella no habla) que van tomando la palabra para conminar, apuntar, disuadir, aclarar, animar, revelar, reflexiva o transitivamente, interpe-lándose entre sí o hablando al lector, en un “juego perenne” de “juegos de lenguaje” (Wittgenstein). La fragmentación verbal de este poema (que alguna

bro anterior, nos permite llegar a una primera conclusión: frente a la mono-tonalidad de la tesis de Cadenas —tesis que ha orientado en gran medida a la mayoría de sus comentadores—, su obra poética despliega una compleja politonalidad y una entreverada polifonía —para decirlo en términos musicales— de experiencias de orden verbal, en las que las diversas formas escriturales hacen cristalizar otras tantas formas de pensamiento.

Volvamos al epígrafe: “La palabra no es el sitio del resplandor, pero insistimos, insistimos, nadie sabe por qué”. Propongo, a la luz de lo desarrollado hasta este punto, leer este texto/aforismo/poema como la escenificación de la dialéctica que he venido discutiendo. La taxatividad de la primera parte de la

noce como el frecuente: una acción que se repite una y otra vez. Una y otra vez volvemos a intentar localizar el resplandor en la palabra —dice ahora un “nosotros” que debilita aun más la taxatividad impersonal de la primera frase—, y lo intentamos por diversas vías, de diversos modos, con diversas escrituras. Por último, un regreso a la impersonalidad pero desde la ignorancia, o mejor aún, desde el misterio: “nadie sabe por qué”. Saber por qué implicaría borrar el misterio: es decir, someter la palabra a los designios de una intencionalidad precisa. Pero el texto propone que guiados por algo que no entendemos, que no sabemos, seguimos buscando, de diferentes maneras, hacer de la palabra el sitio del resplandor. Volvemos, en este punto, a la posibilidad de la producción

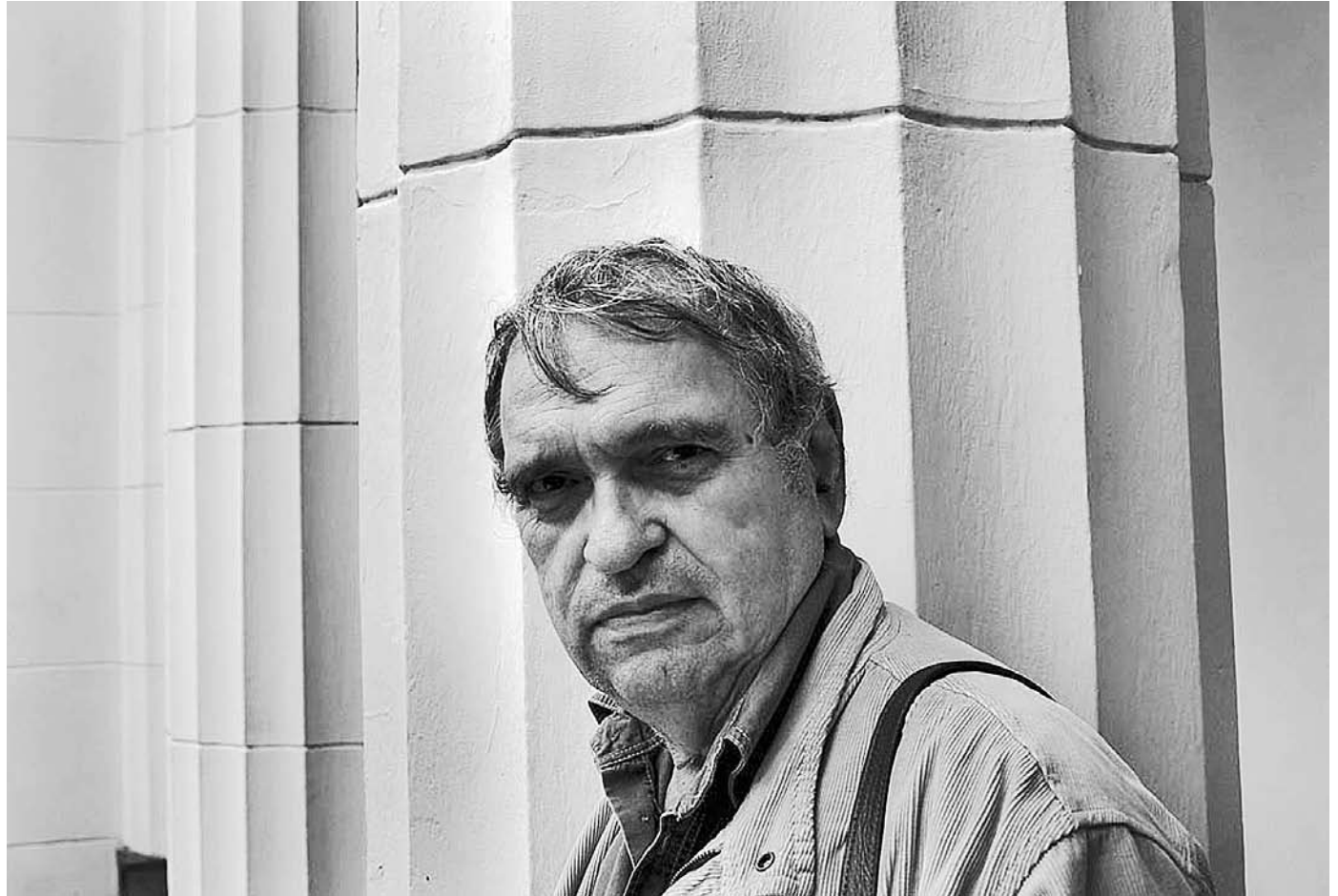
Un griego en Caracas

Ana Nuño

Pero un griego, eso sí, alemán (no sabemos, nadie puede saber, cómo fueron en realidad los griegos-griegos, pongamos Heráclito o Isócrates). Uno de aquellos griegos, es decir, que Werner Jaeger transubstanció en origen y fuente de la *humanitas*: un hombre para quien “el descubrimiento del hombre no es el descubrimiento del yo objetivo, sino la conciencia paulatina de las leyes generales que determinan la esencia humana”; no un individuo, sino un hombre acorde “con la verdadera forma humana, con su auténtico ser”. Somera y burda descripción, pero algo parecido vendría a ser un griego —un griego alemán— en Caracas.

Por una ciudad que, más que urbe, es un vademécum de dolencias del cuerpo y el alma, camina a diario este improbable ser humano. Eso viene haciendo desde hace tres o cuatro décadas: caminar. Pero sin ánimo de avanzar, es decir, de alejarse del origen y aspirar a una meta. Tan sólo recorre las calles de la ciudad donde vive, “amanuense asombrado”, como si fueran los renglones de un libro que está leyendo o tal vez se dispone a escribir. Poco importa: sabe que las distinciones al uso (entre lector y escritor, entre pensar y hacer, entre hacer y no hacer) son inútiles balizas para los ciegos.

Camina, y mientras camina, va mirando a su alrededor. Y —milagro— ve. ¿Qué puede ver un griego en Caracas? La realidad. No la piel rutinaria de las cosas. Tampoco se ve a sí



LISBETH SALAS

"Camina, y mientras camina, va mirando a su alrededor. Y —milagro— ve"

mismo, actividad ésta que sólo los atolondrados consideran prestigiosa o deseable, y que basta para ejercer con asomarse al espejo retrovisor del auto.

Pero un griego alemán en Caracas no aprende a conducir y no es dueño de un auto. Ni lo uno ni lo otro hace falta para ver la realidad, en realidad. “El dueño tiene miedo. / Los ojos sólo tienen realidad.” Fabienne Bradu cita estos dos versos, y dice: “¡Cuántos volúmenes están contenidos en estas dos líneas!”.

Ver la realidad, y verla a pie: este es su oficio. Que también recibe otros nombres: poesía, pensamiento. Rafael Cadenas —que así se llama el griego alemán en Caracas— es poeta y pensador, pero no a la usanza de quienes hacen profesión de serlo. Tiene ventajas ser griego, y no digamos griego

alemán: saber —por ejemplo— que “poesía” significa “hacer” y que “pensar” viene de “pesar”. Y conduce a sopesar. Ni lo uno ni lo otro es posible desde la inmovilidad. Que es el otro nombre de la certidumbre. Y que conduce a las convicciones. A tenerlas, atesorarlas y tratar de imponerlas. A querer convencer y vencer. A una pregunta de la poeta mexicana Claudia Posadas, Cadenas dice por qué descrea en el talante vencedor: “Podemos deprimirnos o sentirnos ansiosos o ser visitados por el miedo. Aunque se haya lidiado con el yo, es posible que esos estados se aparezcan y se trate de hacer algo, pero no creo que enfrentarlos con la idea de vencerlos sea lo más conveniente. Tal es el impulso habitual. Como si se tratara de una pelea, pero en este caso la inveterada agresividad

de los humanos no tiene cabida. Ellos quieren siempre dominar, controlar, triunfar. Uno de los poemas de D.H. Lawrence que traduje hace tiempo es precisamente “Triunfo”. Te lo copio.

Me parece que durante/ cinco mil años por lo menos los hombres han querido/ triunfar, triunfar, triunfar, triunfar sobre sus / semejantes, triunfar sobre/ obstáculos

triunfar sobre el mal hasta que ahora la palabra/ misma es asqueante, no la podemos oír más. Si miráramos en nuestros/ corazones, veríamos que detestamos la idea/ del triunfo, estamos hartos de eso.

El trayecto no es lineal. Tampoco la palabra resultado sería apropiada y nada tiene permanencia, como lo

sabía bien Heráclito”.

*

Conocé a Rafael Cadenas hace exactamente treinta y tres años, en las aulas de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. Cadenas impartía a la sazón un seminario sobre Rilke. Al siguiente semestre repetí la experiencia: esta vez, su “lectura dirigida” versaba sobre el *Fausto* de Goethe.

Mentiría si dijera que aprendí mucho sobre Rilke o el *Fausto*. Cadenas no “daba clases”, o lo que suele entenderse por dadas: ni impartía conocimientos ni nos decía, a sus alumnos, cómo debíamos leer y comentar o glosar a estos autores y sus obras. Más modesta y ardua a la vez, la ambición del profesor Cadenas era que olvidáramos que unos y otras

eran lugares prestigiosos de la poesía y el pensamiento, para que así, con un poco de suerte, perdiéramos el miedo a leer por cuenta propia. El miedo, por ejemplo, a no comprender de entrada lo que leíamos. O a sentirnos abrumados o desconcertados o impotentes ante lo desconocido y numinoso. Y aún más sutilmente: Cadenas quería que ese miedo lo perdiéramos, sí, pero, por así decirlo, “por elevación”. Que aprendiéramos a lanzarlo a lo más alto para que, como una bala trazadora, nos guiara adonde el miedo, al impactar, deshace la costra de los lugares comunes, las metáforas muertas, la acumulación de datos históricos, los centones de citas prestigiosas... Todo lo que empaqueta y amarra la palabra viva de la poesía y la vuelve mercancía de circulación fiduciaria.

Salvo para este penoso trueque, de nada sirve la literatura, en efecto, en cuanto la convertimos en “materia” de estudio. Lo que no quiere decir, ni mucho menos, que Cadenas propugnara, con su inusual método pedagógico, la ignorancia y —como dicen los españoles— el “pasotismo”. O, peor aún, el desprecio de esa forma especializada del saber que es la erudición académica. Cadenas —pero esto no lo sabía yo entonces— había leído y leía todo lo que versara, desde probada eminencia, sobre las obras que nos daba a leer.

Donner à voir: es el título de un poemario de Paul Éluard. No sólo es lo que hacen o debieran hacer los poetas; sobre todo, en ello consiste la auténtica enseñanza. La *paideia*, como la concebían los griegos-griegos y expuso magistralmente Jaeger, ese otro griego alemán. Y eso era exactamente lo que hacía el profesor Cadenas: nos daba a leer para que aprendiéramos a ver. Porque sólo el lenguaje, sobre el que Cadenas ha escrito luminosos ensayos, permite ver la realidad con infinitamente más precisión y, sobre todo, justicia

que la más nítida y precisa fotografía.

★

Más de un malentendido rodea hoy la obra de Cadenas. No podía ser de otro modo: ese talante griego alemán suele pasar por oracular y mágico, y por ello mismo promueve fácilmente la adivinación y la adoración. Si además, como mercedamente sucede desde hace una década, es una obra que circula cada vez más ampliamente dentro y fuera de Venezuela, se vuelve ya prácticamente imposible refrenar la tendencia a

más grave afrenta a Zeus, una afrenta que merecía el más alto castigo. Esto lo sabe, por descontado, el poeta griego alemán).

Primer consejo, pues, en forma de súplica: que Cadenas sea editado en México, España, Estados Unidos o Perú y que reciba los premios y honores que sobradamente merece su obra, no sirva para reducirlos a ambos a la condición de metonimia patriótica. Ya se oye a lo lejos el retumbar de este tambor de hojalata: el reciente Premio de la FIL es un reconocimiento a la poesía venezolana y motivo de orgullo para

"Eso era exactamente lo que hacía el profesor Cadenas: nos daba a leer para que aprendiéramos a ver. Porque sólo el lenguaje, sobre el que Cadenas ha escrito luminosos ensayos, permite ver la realidad con infinitamente más precisión y, sobre todo, justicia que la más nítida y precisa fotografía"

la sacralización cegadora. Nada más nocivo para sus lectores que, si ceden a estas facilidades, corren el riesgo de perder la espléndida libertad que ofrece la escritura de Cadenas: la libertad de ingresar en un ámbito amable, donde el lenguaje es inteligencia viva de la realidad humana, desprovista de imposturas éticas e imposiciones ideológicas (o religiosas, que para el caso viene a ser lo mismo). Y de hacerlo, además, con delicadeza y urbanidad, ya que el anfitrión que nos recibe pone exquisita atención en esos detalles (no imponer sus puntos de vista, escuchar al otro, valorar igualmente la conversación y el silencio) que hacen de la hospitalidad mucho más que un arte: un don de los dioses y un deber de los hombres.

(No en vano, para los griegos-griegos, faltar a las leyes de la hospitalidad, el anfitrión o sus invitados, era la

todos los venezolanos. Y ya sabemos, también, que esas cosas son de las que se dicen siempre porque forman parte de un protocolo fosilizado, tanto como el de la jerga diplomática. Pero en este caso, aplicadas a la obra de Cadenas, su chirrido produce aún más dentera. Porque, en su raíz, esa obra es exigencia y urgencia de alejarse de los símbolos —de “la pompa y la ceniza de los aniversarios”, decía Borges en su loa a España— y acercarse a lo humano raigal. Para oponer resistencia, con suave ironía, a esta amenaza: que las palabras, distraídas de su origen y pervertidas por la garrulería ambiente, acaben siendo nuestra mordaza.

Los que hacen las reglas no quieren que hablemos nosotros sino las palabras. Desean hacernos desaparecer

de la página; pero no nos resignamos. Somos viejos actores.

Segundo malentendido y consiguiente consejo.

Nadie ignora, o debería ignorar, que Rafael Cadenas, además de griego alemán y poeta, ha ejercido y ejerce sus cualidades de ciudadano. Plenamente, es decir, con arrojo y sentido de la responsabilidad. En su juventud creyó en el comunismo y tuvo la valentía, bajo una dictadura cruel, de hacerlo en plaza pública. Por ello pagó con cinco años de destierro. Después, en la década de 1960, como muchos venezolanos de bien, creyó que la lucha armada (nombre atenuado de la revolución) era inevitable. Como siempre (porque Cadenas es hombre de palabra, y cabal), escribió un poema para decirlo en voz alta. Ese poema, “Derrota”, es, si no me equivoco, el único que el poeta, si no desestima, cuando menos declara no reconocerse en él.

Por otro lado, y como otros venezolanos de bien, Cadenas ha sabido ver y diagnosticar, en la autocracia militar que desde hace diez años gobierna su país, el mayor de los males civiles concebible: la división de la colectividad en dos bandos encontrados. Cómo no va a dolerle esta desgracia a él, el poeta que ha andado todos los caminos del diálogo franco, la urbanidad discreta, la *areté* de lo humano.

No puedo siquiera imaginar lo que sentirá al leer lo que se dice, desde el bando responsable de esa violenta división, de su fidelidad juvenil a principios de igualdad y justicia que manifiestamente exceden la capacidad de comprensión y la simple buena fe de sus detractores de hoy.

Pero a lo que iba. Menos preocupantes que la caricatura malintencionada parecen las tentativas de rescate sesgado y manipulación deliberada. Lo primero es llanamente pueril, pero lo segundo es grave. Hoy en día, en ese esqueje de Venezue-

la postiza que desde Miraflores y sus despachos se quiere introducir a la fuerza en una tierra que no lo reclama, hay aulas y ministerios y editoriales donde se afirma que “Derrota” es el único poema de Cadenas que merece leerse. O, alternativamente, se insinúa que el poeta que lo escribió ha sucumbido a los cantos de sirena que se alzan desde “el Este”.

Sí, ya soy consciente de que acabar estas líneas con semejantes consideraciones equivale a un *bathos* o anticlímax. Pero qué le vamos a hacer: con un poeta griego alemán se está siempre en el presente, en el ahora, que es la única estación, inseparable del devenir, habitable por el hombre.

Mi consejo y ruego, ante este otro escollo opuesto a la lectura de Cadenas, es simple. Como descreo en la eficacia de los anatemas, y aún más en las virtudes de la endogamia, no les diré a los pueriles y graves venezolanos que atienden hoy al canto de las sirenas que entona un puñado de militares enfermos de mediocre soberbia que ya pueden decir misa en latín cubano, porque sus palabras se las llevará (ya se las llevó) el viento.

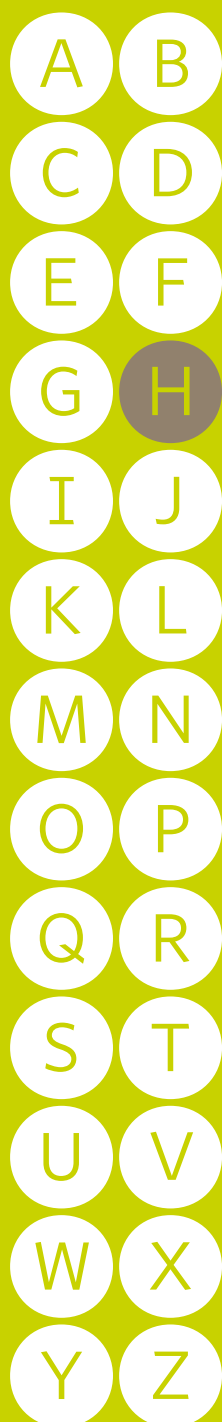
Sólo diré lo que me dije a mí misma cuando comprendí lo que mi profesor Cadenas impartía realmente en aquellas aulas de la Escuela de Letras:

¿Quieren dejar de “dividirse en innumerables personas”? ¿De “complacer a los otros” y a sus pequeños egos? ¿De “criar espectros enfermizos”?

Pues lean. A Cadenas, por ejemplo. Y, sobre todo, caminen. Como griegos alemanes: sin rumbo fijo. Pero con los ojos del alma bien abiertos.

Es difícil, muy difícil. Pero no imposible. Y la recompensa es inconmensurable.

No diré cuál es. Porque decir el fruto es corromperlo. 🐸



El poeta lingüista

De la mano de Otero Ediciones vuelve a las estanterías de las librerías venezolanas *En torno al lenguaje*, de Rafael Cadenas. Publicado por primera vez en 1984, este texto ha sido reeditado y reimprimido en varias ocasiones. Su pertinencia y vitalidad lo ha convertido en uno de los imprescindibles ensayos venezolanos sobre el uso y cuidado de nuestra lengua

Diajanida Hernández G.

Que cada palabra lleve lo /
que dice.

Que sea como el temblor /
que la sostiene.

Que se mantenga como /
un latido.

Rafael Cadenas. "Ars poética".

"El poeta como poeta tiene sólo indirectamente una obligación frente a su pueblo; su obligación directa es con su lengua; conservarla primero, y ampliarla y perfeccionarla en segundo término".

T.S. Elliot. *Sobre la poesía y los poetas*.

Utilizo una imagen que dibuja con palabras el profesor Francisco Javier Pérez

en el "Prólogo" a *En torno al lenguaje* para titular esta nota. Imagen que quizás sea la más ajustada para ilustrar el ejercicio que Rafael Cadenas hace en este libro: un poeta que se inmiscuye en asuntos de lingüística, literatura, cultura y enseñanza desde la propiedad de su experiencia vital; un escritor que se lanza a hablar de padecimientos lingüísticos; un intento por sensibilizarnos sobre una materia que en el fondo nos habla del espíritu, del *ser*. El poeta que bregó y trasegó para acercarse a un lugar en el que el silencio le permitiera recuperar el *ser*, dice e invita a cuidar la lengua, su enseñanza, su lugar en la sociedad.

Más que una crítica lo que Cadenas emprende con vigor es un reclamo, para el poeta el venezolano conoce muy poco su lengua, hace un mal uso del idioma y día a día contemplamos pasivos la escena de su empobrecimiento. Y lo que más le preocupa es la indiferencia general an-

te este sensible hecho. Dice Cadenas: "Ésta es una de las carencias más notorias, pero menos señaladas, entre las que afectan a nuestro pueblo. ¿Por qué se suele pasarla por alto? ¿A qué se debe semejante omisión? ¿Por qué se habla de otras carencias y casi nunca de ésta, tan vinculada al vivir del individuo y de la comunidad que no puede menos de incidir en él? Se trata de una extraña subestimación, pero no deseo tantear en pos de explicaciones. Prefiero dejar las preguntas en el aire" (p. 20).

Lo que lanza Cadenas es una alerta, un llamado de atención. En este asunto hay cuotas de responsabilidad compartidas. El maltrato, la insensibilidad ante nuestro idioma campea.

Lo vemos a diario en los televisores, lo leemos en los periódicos y revistas, lo escuchamos en la radio o sencillamente en las conversaciones cotidianas. Cadenas señala que el Estado es pasivo; la sociedad ignora el problema; los institutos fallan escandalosamente en su tarea de enseñarla y los medios de comunicación son indolentes (p. 21-22).

Para el poeta el meollo del asunto, lo más grave, lo que lo lleva a levantar la voz es que el desconocimiento de la lengua limita al ser humano en todo sentido. Esta incompetencia coloca al hombre indefenso ante las fuerzas que atentan contra su individualidad, lo convierte fácilmente en uno más de la masa, presa fácil de la manipulación y el engaño. Incluso se debilitan los vínculos con el pasado (y aquí quizás se encuentre una de las causas de la desmemoria nacional). Pero esta situación con nuestro idioma para Cadenas no

es más que parte del deterioro que en general atraviesa la sociedad venezolana, así lo explica: "Si la educación está en baja; si la corrupción se instala en el Estado y la sociedad sin que éstos reaccionen vigorosamente; si dirigentes del país se dedican a robarlo; si la justicia es burlada con facilidad por los poderosos; si nuestras pocas tradiciones desaparecen arrasadas por un desarrollo unidimensional, el único que conocemos; si en el ambiente físico campean la fealdad, el descuido, la dejadez, el abandono, la polución; si la tecnología impone su dominio acosando o desplazando la formación humanística; si los medios de comunicación están más al servicio de intereses parciales que de la comunidad, y en general la atmósfera del país es de descomposición, ¿va el lenguaje a permanecer indemne? (...) Lo que ocurre en la sociedad tiene que reflejarse en él, e inversamente, lo que le pasa al lenguaje tiene a su vez efectos en la sociedad" (p. 24-25).

Tomando su práctica como docente, Cadenas señala que uno de los puntos medulares dentro de lo que plantea es la enseñanza: "en Venezuela nunca se ha enseñado el castellano —escribe. Lo que se ha hecho es majar la cabeza de los estudiantes con el estudio que más aleja del idioma y con mucha frecuencia lo torna aborrecible: el estudio de la gramática" (p. 53). De este modo la gramática va contra la lengua y se convierte en la peor vía para aprender el idioma propio. Reclama también que los programas de enseñanzas son torpes y densos, orientados más a la información que a la formación esencial, y cuestiona la formación de los maestros.

Para nuestro poeta el camino para enseñar y mejorar el uso de nuestra lengua es la lectura; "lectura constante, lectura atenta al lenguaje, lo cual supone que el maestro o profesor sean lectores" (p. 56).

Lo que más sorprende al releer y abreviar el ensayo de Cadenas, es que a pesar del tiempo transcurrido desde su primera publicación, sus palabras tienen una dolorosa vigencia. Su deseo y la interpelación que hace demandando el rescate del idioma y la literatura y su justo lugar dentro de la educación y la sociedad pertenecen a nuestros días.

La edición de *En torno al lenguaje* de Los Libros de El Nacional se apoya en la versión publicada por Monte Ávila Editores en 2002. Para esta ocasión el autor incorporó un ensayo titulado "Sobre la desenseñanza de la literatura en la educación media".



EN TORNO AL LENGUAJE

Rafael Cadenas

Los Libros de El Nacional
CARACAS, 2009

EL NACIONAL
PAPEL LITERARIO
SÁBADO 17
OCTUBRE DE 2009
papelliterario@el-nacional.com

Director: Nelson Rivera.
Investigación, Coordinación
Editorial: Diajanida Hernández,
Virginia Riquelme.
Diseño y diagramación:
Eduardo Medero / Mónica
Mata / Eleonora Silva.
Corresponsales: Diómedes
Cordero, Barcelona / Marinella
Franco, Madrid / Marina
Gasparini, Venecia.